

El libro de Daniel - Número cincuenta

Desentrañando los misterios proféticos de Daniel 8: la revelación de Palmoni

Jeff Pippenger
2024-01-14

En el capítulo ocho de Daniel, Daniel recibe una visión de los reinos de la profecía bíblica, y posteriormente escucha un diálogo celestial representado por una pregunta y una respuesta.

Entonces oí a un santo que hablaba; y otro santo dijo a aquel santo que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión acerca del sacrificio continuo, y la transgresión desoladora, entregando el santuario y el ejército para ser hollados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario. Daniel 8:13, 14.

Los primeros doce versículos representan la visión, y los versículos trece y catorce identifican otra visión. Como ocurre con las dos palabras hebreas distintas que se traducen ambas como "quitar", y las dos palabras hebreas distintas que se traducen ambas como "santuario", en el capítulo ocho de Daniel también hay dos palabras hebreas distintas, ambas traducidas como "visión".

Cuando se trata de las dos palabras traducidas como «quitar», los teólogos del Adventismo sostienen que ambas deberían entenderse como «eliminar». Cuando se trata de las dos palabras traducidas como «santuario», los teólogos del Adventismo sostienen que ambas deberían entenderse como «el santuario de Dios», y cuando se trata de las dos palabras traducidas como «visión», los teólogos del Adventismo, una vez más, pasan por alto las distinciones entre las dos palabras. La distinción fue lo suficientemente importante para Daniel como para que él usara deliberadamente dos palabras hebreas muy diferentes, por lo que debemos identificar y mantener la distinción. La palabra «visión», en el versículo trece, es la palabra hebrea «chazon», y significa un sueño, revelación u oráculo—una visión.

La palabra "visión" aparece diez veces en el capítulo ocho de Daniel, pero representa dos palabras hebreas diferentes. "Chazon", que se encuentra en el versículo trece, también aparece en el versículo uno, luego dos veces en el versículo dos, por supuesto, el versículo trece, y una vez en los versículos quince, diecisiete y veintiséis. En siete de las diez veces que la palabra "visión" aparece en el capítulo ocho de Daniel, se trata de la palabra "chazon", que simplemente significa "una visión".

En las otras tres ocasiones en que aparece la palabra "visión" en el capítulo ocho de Daniel, se trata del término hebreo "mareh", que significa una vista o una apariencia. En el capítulo ocho, la palabra hebrea "mareh" también se traduce una vez no como "visión", sino como "apariciencia", identificando así de manera más precisa el significado de la palabra. ¿Por qué Daniel usó dos palabras hebreas distintas, tan cercanas en significado que los traductores las tratarían como la misma palabra? ¿Importa?

"Cada principio en la palabra de Dios tiene su lugar; cada hecho, su significado. Y la estructura completa, en su diseño y ejecución, da testimonio de su Autor. Una estructura así no podría concebirla ni formarla ninguna mente sino la del Infinito." Educación, 123.

La respuesta a la segunda pregunta es que sí: realmente importa por qué Daniel hizo la distinción; por lo tanto, se convierte en responsabilidad del estudioso de la profecía buscar comprender la primera pregunta, que indaga por qué Daniel hizo la distinción. Las distinciones que hizo con respecto a la palabra traducida como "santuario" y la palabra traducida como "quitar" tienen consecuencias eternas, así que ¿por qué habría de esperarse menor importancia con la palabra traducida como "visión"? "Cada hecho" tiene "su peso" "en la palabra de Dios" y afecta la "estructura" profética y el cumplimiento de la profecía cuando se "ejecuta".

Al comenzar a considerar la palabra "visión", en el capítulo ocho, un "hecho" que tiene "relevancia" para el testimonio de Daniel es quién respondió la pregunta de Daniel ocho, versículo trece, con: "Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado."

Hay cuatro hechos que tienen una "incidencia" directa en el capítulo ocho de Daniel, que me propongo abordar. Uno es que la visión del río Ulai ha sido identificada como una profecía para los últimos días, y también es el símbolo del "conocimiento" del libro de Daniel que fue "desellado" en el "tiempo del fin" en 1798.

Se necesita un estudio mucho más detenido de la Palabra de Dios. Especialmente deberían Daniel y el Apocalipsis recibir atención como nunca antes en la historia de nuestra obra. Puede que tengamos menos que decir en algunos aspectos, con respecto al poder romano y al papado, pero debemos llamar la atención sobre lo que los profetas y los apóstoles han escrito bajo la inspiración del Espíritu de Dios. El Espíritu Santo ha dispuesto las cosas de tal manera, tanto al dar la profecía como en los acontecimientos presentados, para enseñar que el instrumento humano debe quedar fuera de vista, oculto en Cristo, y que el Señor Dios del cielo y su ley deben ser exaltados.

Lea el libro de Daniel. Repase, punto por punto, la historia de los reinos allí representados. Contemple a estadistas, consejos de gobierno, poderosos ejércitos, y vea cómo obró Dios para humillar el orgullo de los hombres y echar por tierra la gloria humana. Solo Dios es presentado como grande. En la visión del profeta se le ve derribando a un gobernante poderoso y levantando a otro. Se revela como el monarca del universo, a punto de establecer Su reino eterno: el Anciano de días, el Dios viviente, la Fuente de toda sabiduría, el Soberano del presente, el Revelador del futuro. Lea y entienda cuán pobre, cuán frágil, cuán efímero, cuán falible, cuán culpable es el hombre al elevar su alma a la vanidad.

El Espíritu Santo, por medio de Isaías, nos señala a Dios, el Dios vivo, como el principal objeto de atención: a Dios tal como se revela en Cristo. "Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado; y el gobierno estará sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz" [Isaías 9:6].

La luz que Daniel recibió directamente de Dios fue dada especialmente para estos últimos días. Las visiones que vio a orillas del Ulai y del Hiddekel, los grandes ríos de Shinar, se están

cumpliendo ahora, y todos los acontecimientos predichos pronto se habrán cumplido.

Consideren las circunstancias de la nación judía cuando se dieron las profecías de Daniel. Los israelitas estaban en cautiverio; su templo había sido destruido, y su servicio en el templo había sido suspendido. Su religión se había centrado en las ceremonias del sistema sacrificial. Habían hecho de las formas exteriores lo más importante, mientras habían perdido el espíritu de la verdadera adoración. Sus cultos se habían corrompido con las tradiciones y prácticas del paganismo, y en la realización de los ritos sacrificiales no miraban más allá de la sombra hacia la realidad. No discernían a Cristo, la verdadera ofrenda por los pecados de los hombres. El Señor obró para llevar al pueblo al cautiverio y para suspender los servicios en el templo, a fin de que las ceremonias externas no llegaran a convertirse en la totalidad de su religión. Sus principios y prácticas debían ser purificados del paganismo. El servicio ritual cesó para que el servicio del corazón pudiera ser reavivado. La gloria exterior fue quitada para que se revelara lo espiritual.

"En la tierra de su cautiverio, cuando el pueblo se volvió al Señor con arrepentimiento, Él se manifestó a ellos. Carecían de la representación externa de Su presencia; pero los brillantes rayos del Sol de Justicia iluminaron sus mentes y corazones. Cuando clamaron a Dios en su humillación y angustia, se concedieron visiones a Sus profetas que revelaban los acontecimientos futuros: la derrota de los opresores del pueblo de Dios, la venida del Redentor y el establecimiento del reino eterno." Manuscript Releases, volumen 16, 333-335.

El "hecho" de que la visión del río Ulai fue dada para los últimos días exige que un estudiante de la profecía haga el esfuerzo por comprender lo que ha predicho acerca de los acontecimientos representados en la visión. Los "asuntos" proféticos asociados con la visión del río Ulai fueron "moldeados" por el "Espíritu Santo" "tanto en la comunicación de la profecía como en los acontecimientos representados." Lo que le ocurre a un profeta cuando recibe una visión, así como los acontecimientos de la profecía que el profeta identifica, deben estudiarse, con el conocimiento de que ambos son una representación profética de lo que se cumplirá en los últimos días. El pasaje anterior enfatiza que debemos reconocer que Daniel estaba en la cautividad de los "siete tiempos".

Daniel representa a quienes reconocen su cautiverio al concluir los tres días y medio de Apocalipsis once, quienes luego se vuelven al Señor con arrepentimiento, cumplen la oración de Levítico veintiséis, separan lo precioso de lo vil, y entonces el Señor cumple su promesa de reunir a los que han sido esparcidos, mientras se les manifiesta. Su "principal objeto de atención", entonces, es "Dios tal como se revela en Cristo".

La "relevancia" de la visión del río Ulai, y cómo contribuye a la "estructura" del mensaje profético que fue "diseñado" por Cristo, es el primer "hecho" que hemos considerado brevemente, y el pasaje citado señala que nuestro principal objetivo debería ser la revelación de Dios, como "revelado en Cristo". En el capítulo ocho de Daniel, Cristo no es presentado como lo fue por Isaías, cuando Isaías afirmó que el "nombre" de Cristo "será llamado Admirable, Consejero, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de Paz". En el capítulo ocho de Daniel, Dios se revela en Cristo como Palmoni, que significa el Maravilloso Numerador, o el Numerador de Secretos.

Ese "hecho" exige que se busque el "alcance" del nombre "Palmoni", junto con cómo ese nombre contribuye a la "estructura" y el "diseño" de la profecía. Un tercer "hecho" en Daniel capítulo ocho, que debe reconocerse, es que es en ese capítulo donde se expone el pilar doctrinal central del movimiento milerita. La joya más brillante de Miller se halló en el versículo catorce, y deberíamos procurar comprender el "alcance" que ese "hecho" tiene sobre la visión del río Ulai, que ahora está en proceso de cumplimiento.

En el sueño de Miller, cuando el cofre fue colocado sobre la mesa en el centro de su habitación, resplandecía con el brillo del sol, pero en los últimos días el cofre es más grande y brilla diez veces más que cuando fue colocado inicialmente sobre la mesa de Miller. ¿Qué hay en la visión del río Ulai, que incluye el pilar central del movimiento millerita, que aumenta la luz de esa doctrina diez veces en los últimos días? ¿Qué se revela en los últimos días que no fue revelado en el tiempo del fin en 1798? ¿Cuáles son «los acontecimientos» de la visión del río Ulai, de los que la hermana White dice que «están ahora en proceso de cumplimiento»?

Si reunimos con franqueza estos tres primeros hechos (la visión del Ulai, Cristo revelado como Palmoni y el pilar doctrinal central), deberíamos estar dispuestos a aceptar una premisa sencilla que afectará nuestro estudio de la visión del río Ulai. Esos hechos combinados informan a quienes desean ver que el mensaje que fue desellado en 1798 era un mensaje que “pendía del tiempo”. Sin el elemento de la profecía de tiempo predictiva, el mensaje de Miller no habría existido.

El cuarto «hecho» que guarda relación con este capítulo es que los milleritas presentaron un mensaje basado en el tiempo profético. Para enfatizar este hecho, Dios fue revelado en Cristo, en los versículos trece y catorce, como el Maravilloso Numerador (Palmoni). La idea de que la visión consistió únicamente en identificar el 22 de octubre de 1844 como la conclusión de los dos mil trescientos días del versículo catorce es echar un jarro de agua fría sobre la revelación de que Dios se manifestó por medio de Cristo como Palmoni.

Los teólogos del Adventismo han trabajado diligentemente para sepultar la importancia de la pregunta del versículo trece del capítulo ocho de Daniel, a fin de dar a su plato de fábulas el sabor que, según han determinado, mantendrá a los indoctos con comezón de oír sin preocuparse por las verdades relacionadas con el pilar central del Adventismo.

La Escritura que, por encima de todas las demás, había sido tanto el cimiento como el pilar central de la fe adventista era la declaración: 'Hasta dos mil trescientos días; entonces será purificado el santuario.' [Daniel 8:14.] Estas habían sido palabras familiares para todos los creyentes en la pronta venida del Señor. Por boca de millares se repetía esta profecía como la consigna de su fe. Todos sentían que de los acontecimientos allí predichos dependían sus más brillantes expectativas y sus esperanzas más preciadas. Se había demostrado que estos días proféticos terminaban en el otoño de 1844. Al igual que el resto del mundo cristiano, los adventistas sostenían entonces que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario. Entendían que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por los fuegos del gran día final, y que esto tendría lugar en el segundo advenimiento. De ahí la conclusión de que Cristo volvería a la tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado había pasado, y el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía ser errónea; pero ¿dónde estaba el error? Muchos, temerariamente, cortaron el nudo de la dificultad negando que los 2300 días hubieran terminado en 1844. No podía darse ninguna razón para esto, salvo que Cristo no había venido en el momento en que lo esperaban. Argumentaban que, si los días proféticos hubieran terminado en 1844, entonces Cristo habría regresado para limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra por fuego; y que, puesto que no había venido, los días no podían haber terminado.

Aceptar esta conclusión equivalía a renunciar al cómputo anterior de los períodos proféticos. Se había determinado que los 2300 días comenzaban cuando entró en vigor el decreto de Artajerjes para la restauración y la reconstrucción de Jerusalén, en el otoño del 457 a. C. Tomando esto como punto de partida, había perfecta armonía en la aplicación de todos los acontecimientos predichos en la explicación de ese período en Daniel 9:25-27. Sesenta y nueve semanas, los primeros 483 de los 2300 años, debían llegar hasta el Mesías, el Ungido; y el bautismo de Cristo y su unción por el Espíritu Santo, en el año 27 d. C., cumplieron exactamente lo señalado. A la mitad de la septuagésima semana, el Mesías sería cortado. Tres años y medio después de su bautismo, Cristo fue crucificado, en la primavera del año 31 d. C. Las setenta semanas, o 490 años, habían de referirse especialmente a los judíos. Al expirar este período, la nación selló su rechazo de Cristo mediante la persecución de sus discípulos, y los apóstoles se volvieron a los gentiles, en el año 34 d. C. Habiendo terminado entonces los primeros 490 de los 2300 años, quedaban 1810 años. Desde el año 34 d. C., 1810 años llevan a 1844. “Entonces —dijo el ángel—: ‘Será purificado el santuario’.” Todas las especificaciones anteriores de la profecía se habían cumplido incuestionablemente en el tiempo señalado. Con este cómputo, todo era claro y armonioso, excepto que no se veía que en 1844 hubiese ocurrido algún acontecimiento que correspondiera a la purificación del santuario. Negar que los días terminaron en ese tiempo era envolver toda la cuestión en confusión y renunciar a posiciones que habían sido establecidas por cumplimientos inequívocos de la profecía.

"Pero Dios había guiado a su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y su gloria habían acompañado la obra, y no permitiría que terminara en tinieblas y decepción, para ser tildada de agitación falsa y fanática. No dejaría su palabra envuelta en duda e incertidumbre. Aunque muchos abandonaron su anterior cómputo de los períodos proféticos y negaron la validez del movimiento basado en ellos, otros no estaban dispuestos a renunciar a puntos de fe y experiencia que estaban sustentados por las Escrituras y por el testimonio del Espíritu de Dios. Creían que habían adoptado sanos principios de interpretación en su estudio de las profecías, y que era su deber aferrarse a las verdades ya alcanzadas y continuar el mismo curso de investigación bíblica. Con ferviente oración revisaron su posición y estudiaron las Escrituras para descubrir su error. Como no podían ver error en su cómputo de los períodos proféticos, fueron llevados a examinar más de cerca el tema del santuario." *El Gran Conflicto*, 409, 410.

Hemos sido informados por la hermana White, en el mismo pasaje donde se identifica la visión del río Ulai, de que “hay necesidad de un estudio mucho más detenido de la Palabra de Dios”. Los teólogos presentarán el tema de los “períodos proféticos” en el pasaje anterior de *El Conflicto de*

los Siglos, como si los “períodos proféticos” a los que la hermana White limita su comentario fueran las cinco profecías que están representadas dentro de la profecía de los dos mil trescientos años. Después de todo, alegan, cuatro de esas profecías se abordan específicamente en el pasaje. Pero un “estudio mucho más detenido” del tema demuestra que el término “períodos proféticos”, en plural, en los escritos de la hermana White se refiere más propiamente a las dos profecías que debían cumplirse el 22 de octubre de 1844.

Hay cinco profecías de tiempo específicas que Gabriel identificó para Daniel y que forman parte de los dos mil trescientos años. La primera señala cuarenta y nueve años, cuando "las calles y los muros serían edificados en tiempos angustiosos". La segunda fue el bautismo de Cristo después de cuatrocientos ochenta y tres años desde el punto de partida del 457 a. C. La tercera fue su crucifixión, la cuarta señaló cuándo el evangelio iría a los gentiles al final de los cuatrocientos noventa años que fueron apartados especialmente para la nación judía, y la quinta, y solo la quinta, profecía de tiempo terminó el 22 de octubre de 1844. Las cuatro profecías de tiempo anteriores terminaron mucho antes de 1844. Entonces, ¿qué quiere decir en realidad la hermana White cuando usa la expresión "períodos proféticos" en plural, que habían de terminar en 1844?

Al abordar la primera decepción de los milleritas, ella identifica la respuesta a esa pregunta:

Vi al pueblo de Dios con gozo expectante, aguardando a su Señor. Pero Dios se propuso probarlos. Su mano cubrió un error en el cálculo de los períodos proféticos. Los que aguardaban a su Señor no descubrieron ese error, y los hombres más eruditos que se oponían al tiempo señalado tampoco lo vieron. Dios dispuso que Su pueblo se encontrara con una decepción. Pasó el tiempo, y aquellos que habían aguardado con gozosa expectación a Su Salvador quedaron tristes y desalentados, mientras que los que no habían amado la venida de Jesús, sino que habían abrazado el mensaje por temor, se alegraron de que Él no viniera en el tiempo señalado. Su profesión no había afectado el corazón ni purificado la vida. El paso del tiempo estaba bien calculado para revelar tales corazones. Fueron los primeros en volverse contra y burlarse de los apesadumbrados y decepcionados que de veras amaban la venida de Su Salvador. Vi la sabiduría de Dios al probar a Su pueblo y darle una prueba escrutadora para descubrir a quienes se acobardarían y retrocederían en la hora de la prueba.

"Jesús y toda la hueste celestial miraban con simpatía y amor a aquellos que, con dulce expectación, habían anhelado ver a Aquel a quien sus almas amaban. Los ángeles los rodeaban para sostenerlos en la hora de su prueba. Los que habían descuidado recibir el mensaje celestial quedaron en tinieblas, y la ira de Dios se encendió contra ellos, porque no quisieron recibir la luz que Él les había enviado desde el cielo. Aquellos fieles desilusionados, que no podían entender por qué su Señor no vino, no fueron dejados en tinieblas. Una vez más fueron conducidos a sus Biblias para escudriñar los períodos proféticos. La mano del Señor fue retirada de las cifras, y se explicó el error. Vieron que los períodos proféticos se extendían hasta 1844, y que la misma evidencia que habían presentado para demostrar que los períodos proféticos concluían en 1843 probaba que concluirían en 1844." Primeros Escritos, 235-237.

Los "períodos proféticos" eran los "períodos proféticos" que "llegaban hasta 1844", los cuales los milleritas inicialmente habían creído que llegaban hasta 1843. Los "períodos proféticos" que

llegaban hasta 1844 eran tres períodos proféticos, y todos están representados en las tablas de Habacuc. Uno de los tres períodos simplemente "toca" 1844, y los otros dos llegan hasta el 22 de octubre de 1844. Los mil trescientos treinta y cinco días llegaron hasta el mismo primer día de 1844, cuando llegó la primera decepción de los mileritas, y comenzó el tiempo de tardanza tanto de Habacuc capítulo dos como de la parábola de las diez vírgenes en Mateo veinticinco.

Los dos mil trescientos días de Daniel capítulo ocho, versículo catorce, llegaron hasta el 22 de octubre de 1844, y los dos mil quinientos veinte años de los "siete tiempos" contra el reino del sur de Judá terminaron allí también. Palmoni se presenta como el Maravilloso Numerador en el versículo trece de Daniel ocho, y la "estructura" y el "diseño" proféticos que entonces expuso incluían al menos diez profecías de tiempo interconectadas.

Comenzaremos a considerar estas verdades más a fondo en el próximo artículo.

Cristo dio al mundo una lección que debería estar grabada en la mente y el alma. «Esta es la vida eterna —dijo—: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado». Pero Satanás actúa en las mentes humanas, diciendo: Hagan esto o aquello, y serán como dioses. Mediante razonamientos engañosos llevó a Adán y Eva a dudar de la palabra de Dios, y a reemplazarla por una teoría que condujo a la transgresión y la desobediencia. Y su sofistería hace hoy lo mismo que hizo en el Edén. Cuando Cristo vino a nuestro mundo, escogió a humildes pescadores como fundamento de su iglesia. A estos discípulos procuró explicarles la naturaleza de su reino y de su misión. Pero su limitada comprensión le imponía un freno. Habían estado recibiendo las enseñanzas de los escribas y fariseos, y por lo tanto, mucho de lo que creían no era verdad. Y aunque Cristo tenía muchas cosas que decirles, no eran capaces de oír gran parte de lo que anhelaba comunicarles.

"Cristo encuentra a los religiosos de este tiempo tan llenos de ideas erróneas que no hay lugar en sus mentes para la verdad. Con la educación impartida, los maestros mezclan las ideas de autores incrédulos. Así han sembrado cizaña en las mentes de la juventud. Expresan ideas que no deberían presentarse ni a jóvenes ni a ancianos, sin pensar jamás qué clase de semilla están sembrando ni en la cosecha que tendrán que recoger como resultado." Review and Herald, 3 de julio de 1900.